



Revista de Castellón



✂ No se devuelven los originales aunque no se inserten. ✂

✂ La correspondencia al Director: Asensi, 4 ✂

Ruinas moriscas

LEYENDA DEL CASTILLO

DE CASTRO EN ALFONDEGUILLA

Rodeado de doble cadena de montañas verdes, entre las cuales se yergue como coloso gigantesco, situado en la más alta y escabrosa de todas, divisase el viejo castillo, adormecidos sus ensueños de gloria por las suaves brisas primaverales y las acariciadoras del estío; en el invierno sus derruidos muros, azotados por los furiosos vendabales que reinan con más poder en aquellas alturas. El castillo que un día fué señor y rey de todo cuanto desde su atalaya podía dominar el vijía musulm, hoy permanece solitario y abandonado; yace en el olvido, teniendo por únicos súbditos los alcornos, pinos y robledales que en la falda de la montaña y alrededores crecen; por única compañía las agrestes rocas que le circundan, y por solo amigo el cristalino manantial que en el antiguo subterráneo corre. Los gastados murellones se miran en sus aguas á modo de espejo recordándose de tiempos más dichosos.

Acaso el viejo castillo, lleno de despecho y tristeza por tan injustificado abandono, dirige mudas reconvenciones á los seres de la naturaleza que le rodean; acaso desde sus caídas torres columbrando el tranquilo y azul Mediterráneo no muy lejos, espera en vano que de un

día á otro aparezca surcando sus aguas alguna falúa ó bajel morisco, con los remeros del turbante blanco y los guerreros de afiladas gumías, que luchando por el Alcorán le restituyan su pasada grandeza. Quizá, desvanecida por completo la esperanza, roído el corazón de pena, muere de melancolía, por su perdida para siempre gloria, sin que logren mitigar su dolor los cantos de los pájaros que en él anidan, ni el murmullo de los arroyos que serpentean en el valle, ni el perfume de la brisa que pasa rozando por entre los romerales y tomillos de la sierra.

Cuatro muros casi por completo bloqueados, y dos arcos de herradura, con el subterráneo y el manantial, es todo lo que queda del castillo de Castro, al que cupo un día la gloria de ser el último baluarte moro en Valencia. A su vista, despidiéndose de él para siempre, otro rey mahometano llorara á semejanza de Boabdil. A lo lejos, las ruinas del castillo figuran rocas imponentes en aquel inexpugnable pico; rocas gigantes se alzan en una de las laderas del monte, descollando entre ellas una semejante á la Tarpeya en Roma. La subida parece inaccesible. Millares de cadáveres cristianos rodaron por aquellos precipicios, cuando intentaban bajo el rey D. Jaime apoderarse de la fortaleza. ¡Imposible! Las fuerzas de la naturaleza que en Covadonga favorecieron á Pelayo, trocaron sus papeles; el valle manaba sangre cristiana, y en la torre del casti-

llo ondeaba altanera la bandera de la media luna.



«¡Alah sea contigo, sucesor de Mahoma y señor de este castillo.»

Alah te acompañe, ilustre sabio que lees en las estrellas; tú me dirás si he de vencer ó morir». Al hablar así el príncipe musulmán se arrellanó con descuido en los cojines de damasco adosados á la pared.

El astrólogo alzó el rostro melancólico; en sus ojos brilló un fuego extraño que inquietó al príncipe. «Sígueme»—le dijo.

Subieron una escalera de caracol y salieron al observatorio. Era el sitio más elevado de la fortaleza; desde allí en el día se dominaba la sierra con varios otros castillos, el Mediterráneo, las Islas Baleares. Pero en esta ocasión era de noche; era la noche serena. La luna cerca del mar, aún dejaba que las estrellas mostrasen parte de su resplandor y al mismo tiempo envolvía en una luz indecisa la montaña y el valle.

El mago habló. «Alí, he leído en las maestras del saber, en esas lámparas de los cielos; prepárate para escuchar lo que te voy a decir. Mira aquella roca allá abajo. ¿La ves? Las aguas de la lluvia aún brillan en sus crestas. ¿Ves esa hendidura que muestra en su mitad donde se forma un canal profundo? Esa roca se desmoronará al fin aunque fuerte parece; ¿sabes por qué? Porque ha dejado al agua gota á gota hacer esa hendidura; gota á gota ese canal se hará más profundo, hasta que la que es ahora roca fuerte no lo sea más. Esa roca es el poder mahometano tanto aquí como en el andaluz. La gota de agua es la discordia

que nos ha separado y hecho débiles y debemos perecer. ¿Me respondes que el castillo es inexpugnable? Pluguiera á Alah que se equivocaran las estrellas. Mira, si los cristianos no se apoderaran de la fortaleza, los espíritus malos te la habrían de quitar. En tu misma familia tienes la discordia. Tu mujer favorita, Fátima, se ha hecho cristiana, y tu hija á un cristiano ama. Tú mismo careces de la fé que debieras tener».

«¡Maldición! ¿A mí te atreves á hablar así?»

«Así Alah lo quiere».

«He hecho todo lo posible para destruir á esos perros que sin cansarse hace mucho tiempo se atreven á situar este castillo; han muerto millares á pedradas, quemados por los árboles y objetos incendiados que se les arrojan... Si ellos ganan será porque está escrito; es su estrella y tiene que suceder.»

«Así ha de suceder, sé valiente en la adversidad, ¡oh príncipe!».

No mucho después sucedió un hecho extraordinario, que llenó de espanto á los moros, y que nunca Alí ni los suyos se pudieron explicar. Un sinnúmero de seres que se movían con dos luces cada cual, á modo de horribles ojos, avanzaron hacia la fortaleza á todo correr.

¿Eran entes? ¿Qué era aquéllas? «Los espíritus que vienen á apoderarse del castillo», se dijeron los moros, «el sino de las estrellas se cumple». Y aterrados, unos se matan á otros; varios huían por el lado opuesto al que venían las luces. Los cristianos, valiéndose de la estratagemas de poner teas encendidas en los cuernos de muchas cabras, soltándolas, se apoderaron del castillo, último baluarte moro en Valencia.

Algunos días después la bandera de

la cruz fué izada en la torre más alta del castillo de Castro. Desde allí á lo lejos en el mar, divisábase un bajel, con los remeros del turbante blanco y los guerreros de afiladas gumiás, alejándose de la costa. Desde la popa, Alí decía adiós á lo que le fué tan querido, y sus ojos se llenaban de lágrimas. «Si á lo menos Fátima no me hubiese dejado por hacerse cristiana, ella me consolaría», se decía, «pero no, acaso se reiría de mí, yo no debo llorar».

Y el barco poco á poco se fué alejando de la costa, surcando las azuladas aguas del Mediterráneo, hasta que el castillo, haciéndose cada vez más pequeño, desapareció en un punto con la bandera de la cruz.

ELISA PÉREZ.



LA LÁMPARA

FÁBULA

En la estancia de viejo moribundo,
Que por su cuerpo discurrir sentía
El horrible estertor de la agonía,
Que lo va á desterrar al otro mundo,
Una lámpara ardía,
El fúnebre silencio iluminando,
Y ráfagas tan débiles lanzando,
Que en lodo se asemeja
Al infeliz que la existencia deja
Con difícil esfuerzo respirando;
Pues la encendida llama,
Como alma justa que se eleva al cielo,
Sus resplandores últimos derrama,
Y luego, cual si encima le cayera
Una gota de hielo
Que su ardor extinguiera,

Fuese poquito á poco
De la pálida luz muriendo el foco.

El doméstico llega apresurado
Y le dice:—¿Por qué te has apagado?
Y responde la lámpara al instante:
—Por no tener el óleo bastante.
El mozo entonces, que su error com-
[prende,

De remediarlo trata,
Y la lámpara enciende,
Y tanto aceite le echa,
Que se ahoga su mecha,
Y la encendida luz de nuevo mata.
—¿Qué es eso?, le pregunta,
¿Ahora también te quedarás difunta?
—Siempre estaré en tinieblas sumergida;
Si no lo haces con orden y medida;
Que si una vida miserable vivo
Faltándome el sustento,
Tomándolo también tan excesivo
Ahogarme al punto siento.
¿Quieres que brille mi radiante foco?
Pues no me echas ni tanto ni tan poco.
Y tú que por extremos siempre fuiste,
¿No aprenderás en esta fabulilla
Que en justa proporción el bien consiste?

GERMÁN SALINAS



Elogio de los cajistas

Bien se me alcanza que los periodistas y demás escritores más ó menos públicos, conocerán á los cajistas tanto como yo cuando menos; pero como todavía hay quien es escritor público—cosa que va siendo rara—álguien puede ignorar quizás qué bellas cualidades adornan á estos siervos del componedor y la re-

gleta y de ahí mi intento de dedicarles este pequeño elogio y reparar con él, así, una manifiesta injusticia.

Injusticia, sí señor, aunque parezca un tanto hiperbólica esta afirmación; porque ¿quién al leer un periódico ó un libro piensa en el cajista que compuso todo aquello? Nadie seguramente. Y, sin embargo, gracias á ellos pueden ustedes leer—quizá sin darse cuenta—todas estas tonterías que nosotros vamos escribiendo sin necesidad alguna.

Y que hay quien no sabe lo que es un cajista, lo sospeché cierto día que una señora me preguntaba:

—¿Qué clase de cajas hacen esos señores?

No; los cajistas no hacen cajas; nada de eso, mis adorables lectoras. Ellos son los que ponen en letra de molde nuestros escritos que por lo regular no tienen más mérito que... ese: estar en letras de molde,—lo cual supone ya algún trabajo.—Los cajistas son unos señores, aunque con la blusa, la cara y las manos tiznadas del negro de imprenta, más buenos que el pan de candeal.

Ustedes, mismos, lectores, si no quieren leer ésto no lo leen—y quien dice ésto dice lo del vecino—pues bien, los cajistas quieren que no, han de tragárselo palabra por palabra y letra tras letra. ¿Les parece poco sacrificio ese? Y después aún les queda humor para corregir nuestras faltas de ortografía, cuidarse de la puntuación, atender á los acentos y... poner los puntos sobre las *ies*. Hasta algunos se entretienen en aclarar conceptos y todo.

En pago de estas solicitudes, nosotros, cuando se nos va alguna barbaridad, cosa que ocurre con mayor frecuencia de la que quisiéramos, les echamos el

muerto recurriendo á la consabida trepa; “por un error de caja...”

Y si, después que línea por línea han ido poniendo en claro los geroglíficos de nuestras cuartillas, se nos ocurre reformar algo porque no lo creemos expresado con suficiente claridad ó la debida elegancia en la expresión—hay quien en esto es muy delicado—vuelven, sin protesta alguna—al menos aparente—á destejer lo tejido como cuentan de una tal Penélope.

Yo voy con frecuencia á la imprenta y suelo ponerme detrás de cualquier cajista observando su trabajo, y, aunque supongo le molestaré tanto como á mí me molesta que alguien se coloque detrás de mí cuando leo un periódico, jamás manifestaron la menor contrariedad.

Un día pensaba yo: “¿Es posible que esta gente circunscriba toda su aspiración á esta faena mecánica y desesperante de arreglar las letras en el componedor?” Y sin poder contenerme le pregunté al que tenía delante:

—¿Está Vd. contento con su suerte; le satisface su oficio siendo como es una persona inteligente é instruída; no le aburre y agobia ese trabajo tan monótono?

Pasó un momento y me miró con algo de asombro. Temí que me contestara por este tenor: “Sabe Vd. que me está fastidiando ahí detrás toda la tarde y que todo eso que me pregunta nada le importa.” Pero me equivoqué. Sonrió un poco y me dijo:

—Sí, señor; ¿por qué no?

No me dí á partido é insistí.

—No le creo, Vd. no quiere decirme la verdad.

Es posible que no tenga otras ilusio-

nes, otros anhelos... Si fuera Vd. un bracero del campo... Ahora mismo, sea sincero ¿no piensa Vd. en nada?

Y me contestó súbito:

—Sí, señor; en la cena...

Así son estos cajistas de modestos á más de simpáticos, á los cuales tantos favores debemos y para quienes nunca tuvimos una palabra de agradecimiento. Acaso sea yo el primero que les ha dedicado una alabanza. No sé si en todas partes serán iguales; pero sí les aseguro que por los de aquí me he quedado muy corto en el ditirambo.

No deseo que me agradezcáis nada de lo que he dicho, que al fin y al cabo no es otra cosa que justicia monda.

Soy admirador vuestro desde la coronilla hasta las suelas de mis zapatos. Y á propósito de *suelas* ponedlo con *s* y no con *z* como me lo pusistéis en el número cuatro.

VITELIO RARO.

El triunfo de la luz

Luce el sol espléndido de la primavera;
las rosas, los nardos y blancos jazmines
tejen en el aire la nube lijera
del mágico incienso que hay en los jardines.

Ya el almendro al peso del calor que es vida,
deshoja en la rama sus fragantes flores
y las verdes hojas, tejen la escondida
fronda donde el pájaro canta sus amores.

La fontana há poco seca y silenciosa
desgrana su risa fresca y transparente
y el cristal del aire, una mariposa
quiebra con su múltiple vuelo refulgente.

Flota en el ambiente el dulce murmullo
del arroyo manso que dice sus quejas

á un arrullo ténue responde otro arrullo
y en torno del pelen zumban las abejas.

Cruzan el espacio con rápido vuelo
las nubes aladas de las golondrinas
y sobre las rosas fecundan su celo
las largas libélulas de luces divinas.

.....

La vida despierta al cálido paso
de la primavera que es luz y es bonanza;
el invierno ha muerto y en su oscuro ocaso
como un sol bendito surge la esperanza.

FRANCISCO ORDOÑEZ VILLARREAL.



Las caricaturas de "La Peña"

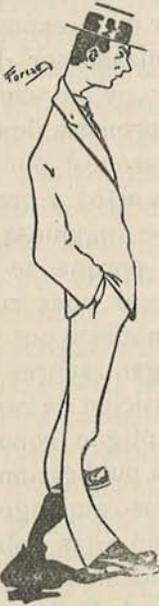
Prometió esta Revista en su número anterior hablar de la exposición de caricaturas organizada por «La Peña» del Casino Antiguo, y yo cumplo de muy buen grado la promesa de esta publicación, por dos razones: por simpatía que me inspiran los actos y propósitos de la tertulia alegre é ingeniosa denominada «La Peña»; y porque se me presenta ocasión de ofrecer unas cuantas líneas de homenaje, modesto por ser mío, á los afortunados organizadores y autores de la aludida exposición de caricaturas.

Es ya de antiguo conocido de los lectores de esta publicación el Sr. Ram: en más de un caso sus ingénuas caricaturas amenizaron estas columnas. Y no son menos conocidos D. Vicente Benlliure (*Miguelito de la Seo*), cuyos intencionados y contundentes versos han popularizado su pseudónimo, y D. Manuel Sorribas, el cultísimo artista y espiritual *causeur*, cuyas agudezas y donaires con

prodigarlos á manos llenas, alcanzan siempre tan entusiasta acogida como sus pinturas y dibujos que sólo de uvas á peras nos deja admirar.

Obra de estos tres campeones de la pluma y de los pinceles fué la exposición de que hablamos, en la que figuraban las caricaturas de todos los *peñistas*, y á la cual no pudo darse el carácter íntimo y confidencial que en un principio se proyectó, porque el público, noticioso de los atractivos que ofrecía, hizo en ella invasión durante el tiempo que permaneció abierta.

Verdad es que la cosa bien lo merecía. El Sr. Ram, sin ser gran dibujante, es un excelente caricaturista; sabe expresar, con trazos incorrectos si se quiere, la gracia, la ironía y la sátira, y sabe dar animación y verdad á sus *monos*. Posee el *don* de la caricatura.



JOAQUÍN RAM—Caricaturista «ingénuo»

Cabe gran amplitud en la concepción de este género de dibujos y como no es

necesario que sea en él todo corrección y pulcritud, la mayor parte de las figuritas que componían la exposición de «La Peña», deben su mérito indudable á cierta mezcolanza de espontaneidad é inocencia, á la verdadera ingenuidad y á despreocupación en los procedimientos. Entre tales caricaturas contábanse una docena ó más de muy felices; y de éstas podían aún elegirse algunas realmente notables como la del Dr. Ureña y la del Sr. Mingarro, que aparecerán en números venideros de esta Revista.



MIGUELITO DE LA SEO—Poeta de «La Peña»

Miguelito de la Seo, un *peñista* de los más decididos y significados, puso, como he dicho, á las figuras de Ram, sabrosos y penetrantes comentarios en verso, de los que he de hacer elogios por su fuerza expresiva y saladisimo aticismo; y elogios también muy cumplidos porque tuvieron la habilidad sus finos alfileretazos de no escocer en ninguna epidermis.

Quisiera transcribir alguno de esos textos explicativos; pero un *aura ruborosa*, exceso de modestia en la mayoría de los casos, ha pasado rozando las mejillas de los señores de «La Peña», decidiéndoles á no dar publicidad á los versos. Y he aquí que esta decisión y el *aura* aquélla, impiden á nuestros lectores saborear los comentarios de *Miguelito de la Seo*, puestos al pié de tan deliciosos *monigotes*.



MANUEL SORRIBAS—Presidente y «orador» de «La Peña»

Manolo Sorribas, el genial Manolo, *ánima máter* ó si se quiere *páter*, de «La Peña», coronó la obra de sus dos compañeros, decorando el saloncito de la exposición con un friso originalísimo compuesto por siluetas recortadas en papel blanco, de positivo valor artístico. Tales siluetas, representación de alegorías grotescas y escenas cómicas, constituyeron el *clou* de la fiesta; y el presidente de los *peñistas*, invadido su rostro dulzón por la sonrisa franca y tran-

quila, recibió los aplausos y los abrazos de cuantos vieron su exquisita labor de ingenio y tijera.

Bravo; muy bien, por todos los que contribuyeron á realizar esta exposición, sin olvidar al Sr. Tirado, que colocó allí el arte de las flores á la altura de las demás artes. Y... reincida, reincida «La Peña» en estos actos de buen humor y cultura, y demostrarán así sus socios que no sólo poseen talismanes para partir corazones y habilidades para vaciar botellas de Moet-Chandon. ¡Ah! Esta *peña*, aunque os asombre, siente y piensa.

HUGO MAURENT.

(CARICATURAS DE FORÉS Y RAM)



“Malhumoradas”

Difícil es hallar en una pieza el sentido moral y la riqueza. Pero hay muchos que, dando por sentada la verdad expresada, por dejar de ser pobres, imitarían á D. Juan de Robres.

El *político*, es un Juez que, por tomar parte en todo, se las compone de modo que es *juez y parte* á la vez.

Y aún merecerá honra y prez quien se muestre tan honrado que esté solo interesado por *tomar* en todo *parte*..... ¡que hay quien abusa del arte y de *juez* para en *juzgado*!

Los filósofos modernos,
se inclinan al *optimismo*
creyendo ver en el hombre
más virtud hoy que hace siglos.....
Puede que los hombres tengan
más virtud y menos vicios
hoy que ayer, pero..... ¡me escaman
ciertos datos estadísticos
que, como ya todos saben,
confeccionan ellos mismos!

Ello, en rigor, lo sabremos
aquel día que un ministro
suprima de una plumada
el *código* y el *presidio*.

Porque hoy... seremos mejores
quizá, que en tiempos de Ovidio,
¡pero, no obstante, *la capa*
no parece, ni por Cristo!

=

En lo ideal, la religión, no sufre
porque cualquier *Jacobo* oliendo á azufre
(cuando no oliendo á vino)
quiere imitar al vate ginebrino
clamando contra el clero y sus pasiones;
¡no alcanza, su escupir, de lo divino
las más altas regiones!.....

¿Pero qué perderían las alturas
con que todos los curas
fuesen ángeles buenos,
ó que los imitasen cuando menos?.....

SILVIO PEULIZCO.



Salón LA PAZ

Todos los días, Estreno

= DE =

≡ Sensacionales Películas ≡

EL ARCO ROMANO DE CABANES

Hay esparcidos por el territorio de nuestra península una multitud de monumentos de la época romana, que atestiguan la grandeza del imperio y la predilección que los Césares tuvieron por esta rica provincia; y uno de estos mudos testimonios de nuestro pasado histórico es el arco que á través de veinte siglos ostenta su descarnada mole no lejos de la villa de Cabanes, la antigua *Ildum* de los romanos. (1)

Aunque se haya escrito bastante de este arco, no se le ha dado toda la importancia que merece, por lo menos en lo tocante al carácter del monumento, ya que no se la puede adjudicar del mismo modo en lo que se refiere á su grandeza arquitectónica; porque si bien no puede competir en belleza artística con el de Trajano (Mérida) el de Bará (Tarragona) y á lo sumo algún otro, hay que tener presente que el de Cabanes constituye con los citados, el escaso grupo de monumentos conmemorativos que de aquél tiempo nos restan.

Los romanos fueron pródigos en obras de utilidad pública, de esparcimiento ó de carácter oficial, y sembraron nuestro suelo de puentes, acueductos, calzadas, torreones, anfiteatros, etc., etcétera; pero en cambio son muy escasos los ejemplares que existen de arcos triunfales como el que motiva estas líneas, á los cuales solo podía dar origen ó el capricho de un potentado ó algún importante acontecimiento civil, político ó militar.

¿Cuándo y con qué objeto fué levantado este arco? No es fácil contestar á esta pregunta, porque ni la historia ni la arqueología arrojan luz sobre dichos extremos, y solamente es dable fundarse en conjeturas; ya lo han dicho todos cuantos se han ocupado de esta cuestión. Beuter y otros historiadores regionales dan al arco una respetable antigüedad, remontando su construcción á los tiempos de las luchas entre cartagineses y romanos, y atribuyéndola al deseo de perpetuar las victorias de Lucio Marcio sobre los

(1) Si la romana *Ildum* es la actual villa de Cabanes, como pretenden la mayor parte de los historiadores antiguos y modernos, hay que convenir en que lo que le dió importancia fué la circunstancia de pasar junto á ella la *Via Máxima*, llamada también *Augusta*, que desde Roma llegaba hasta el Estrecho de Gibraltar y á la cual hacen referencia algunas columnas miliares que se han encontrado en aquellos lugares.

cartagineses. Otros, en cambio, como el Príncipe Pío, fundándose en la índole de su arquitectura, lo relegan á la época de decadencia del imperio romano.

Los autores regionales y locales de nuestros días, como Mundina, Llorente, Balbas, etc., se limitan á reproducir lo expuesto por unos y por otros, porque el estado de la cuestión no permite otra cosa, si bien no falta quien, sin apórtar razones de ninguna especie, ni señalar el texto de que tomó la cita, llegue hasta precisar la fecha exacta en que se llevó á cabo la construcción del monumento. (1)



ARCO ROMANO DE CABANES

Nuestra humilde opinión acerca de este discutido arco, es bien distinta de las que quedan indicadas, sin que esto sea querer sentar plaza de críticos, y sí solamente oficiar de meros descriptores de un monumento que, como á todos, nos interesa, por ser un hermoso recuerdo artístico de aquella época de nuestra historia.

Respecto á la fecha de su construcción (punto sumamente difícil de precisar en estos casos) no nos parece tan posterior como la cree el Príncipe Pío, y menos tan remota como la suponen Beuter y demás historiadores, pues no es admisible que se levantara el arco en una época en que nuestro suelo se veía agitado por continuas luchas, y para conmemorar una victoria que no era definitiva ni mucho menos. A nuestro entender, la erección del arco debe colocarse en tiem-

pos de los emperadores españoles; ya en el de Trajano, bajo cuyo reinado se realizaron casi todas las obras de carácter público que hoy conservamos, y con ellas muchos arcos triunfales, como el de Mérida (que lleva su nombre) el de Bará, en Tarragona, etc.; ó ya bajo el reinado de Adriano, que visitó el país, y á quien tal vez la diligente *Idum*, ó alguno de los próceres romanos que en ella residieran, quiso rendir perpétuo homenaje, levantando aquel arco triunfal junto á la *Via Máxima*, que entonces tocaba á la población (1).

Todo el arco está [construido con sillares de granito, de las canteras del país, y no con bloques de mármol, como han dado en decir algunos autores; y por lo que se refiere á su estado actual, no creemos que el arco quedara sin terminar, como supone Balbas, pues ni ello era frecuente en aquel pueblo eminentemente práctico y severo, ni es de presumir dicha circunstancia dada la clase de monumento. Antes bien, la existencia de los agujeros que se ven sobre los bloques centrales de la única hilera de dovelas que existe, demuestra claramente que en ellos y sobre las impostas hoy vacías había de apoyarse la parte superior del arco, el cual debió quedar rematado en toda su esbeltez y belleza arquitectónicas.

Lo que hay es que el monumento debió sufrir, andando el tiempo, alguna mutilación, y los sillares superiores, que completaban su silueta, fueron arrancados por la mano del tiempo ó más probablemente de los hombres. Recuérdese, á este efecto, que también el arco de Mérida hubo de ser restaurado, y lo propio el de Tarragona, que llegó á estar en cierta ocasión lo mismo casi que ahora se encuentra el de Cabanes.

Por eso creemos conveniente divulgar todo lo posible la importancia que estos recuerdos de

(1) Aludimos al Sr. Mundina, que dice en su obra que el año 129 a. de J. C. se verificó la construcción del arco, en recuerdo, según él, de la paz que disfrutó el país después de la guerra de Numancia.

(*) Aún se distinguen las huellas de esta vía, que las gentes del país señalan con el nombre de *senda ó cami dels romans*. Junto á ella, y en el ángulo en que corta á este camino la carretera de Borriol, se encuentra situado el arco, no lejos tal vez de donde antiguamente estuvo emplazada la villa, porque en aquellos parajes se han descubierto en distintas ocasiones lápidas, monedas, objetos de cerámica, trozos de antiguas edificaciones, y otros restos arqueológicos que inducen á sospechar en la existencia de un núcleo de población. Hoy se halla ésta situada á la distancia de media legua del arco, y en aquel dilatado valle de 25 kilómetros cuadrados, que se llama *Plá del Arch*, solo descuella la oscura silueta del monumento que ha dado nombre á la llanura.

pasadas edades entrañan para el arte y la historia de nuestra patria, á fin de ponerlos á cubierto de ulteriores profanaciones y que puedan ser en todo tiempo objeto de admiración y de estudio por parte de propios y extraños.

LUIS DEL ARCO.



MENUDENSIES

Dos pretenents has tingút
y als dos els has despachat:
al ú perque era *llarg d' ungles*
y al atre per *llarg de mans*.

—
Sé que te vas á casar
en un xicòt de Manises.
¡Cuánts casaments no 's farien
si parlaren les pallises!

—
Tú sempre 'm fas mala cara
pero ton marit pitjor
me l' ha feta... en dos quantæes
de les de marca major.

—
Perque t' he furtat la novia
vols matarme en un trabúch;
tú creus que es matar un hòme
igual *que matar el cùch*.

—
En dos novios he parlát
y els he enviat á paseo:
per fúnebre á un tal Alegre
y per bromiste á Severo.

—
Cuan me mires com tú mires
algunes vòltes, gitana,
es presís que ú siga un Sant
pera mantindres á ralla.

TRÓMPIS.

SUEÑOS DE COLOR DE ROSA

Carmencita era un angel cuyas perezosas alas no se habían desplegado todavía con el vuelo raudo de las ilusiones por el incierto espacio del amor.

Acababa de entrar en la pubertad, y sin embargo, su corazón continuaba dormitando tranquilamente sin el menor desperezo amoroso al amanecer de su nueva y fugitiva aurora con embriagadores perfumes de rosa y peligrosas emanaciones de manzanillo.

La existencia, para Carmencita, transcurría sin otros afanes que los que sentía en su alma por sus cariñosas amiguitas con las que retozaba candorosamente á impulsos de la casta vivacidad de la niñez que la abandonaba.

La vispera de la romería á la Magdalena, una de sus amiguitas, la invitó á visitar con su familia la histórica montaña, invitación que fué aceptada por sus padres con gran contento y alegría de la joven.

Y bajo tan agradable impresión, aquella misma noche, envuelta en el lienzo de su lecho de virgen, soñaba estar aspirando con deleite el aroma del perfumado tomillo allá en la colina donde se sienta la blanca ermita elevada al culto religioso de la arrepentida de Magdalo.

Y soñaba haber llegado el día en que los castellonenses, olvidando sus afanes, se entregaban en cuerpo y alma á conmemorar imitando, aunque en forma bien distinta de como lo hicieron los primitivos castalios, la bajada de éstos al silvestre *Palmeral*, sitio que hoy ocupa la moderna ciudad de mis amores, y que fundaron aquellos compatriotas

después de abandonar la antigua Castalia, de cuyas históricas ruinas véense aún en la parte Noreste, algunos vestigios venerandós, que por la apatía de unos y el inconcebible abandono de otros, están llamados á desaparecer un día no lejano con manifiesto detrimento de nuestra Historia arqueológica.

La bella Carmencita soñaba también con los típicos puestos de venta instalados al pié de la colina, en los que se exhibían los descomunales rollos excitando deseos vehementes de adquirirlos á la bulliciosa juventud; sin embargo de no tener nada de sabrosos bajo la forma fastuosa que ostentan y su deslumbrante color.

Y gozaba paseando, en la expansión fantástica de su sueño ideal, por debajo de los copudos y añejos algarrobos á la sombra benéfica de los cuales, se cobijaba una abigarrada multitud de romeros que devoraban entre sonrisas de satisfecho placer y carcajadas de franca alegría, sabrosos manjares, exquisitos vinos y licores de renombradas marcas.

De una de aquellas mesas rodeadas de comensales bulliciosos, escapábanse en raudales de dulce armonía las notas bellísimas y sentimentales de la guitarra, el laúd y el violín, inundándola de voluptuosa placidez.

Dé pronto vióse transportada al balcón de su casa, y allí, con sus amiguitas, esperaba el paso de la comitiva oficial, cuya salida de las Casas Consistoriales para trasladarse al ermitorio, anunciaba con alegre y pausado volteo la campana María.

Rompían la marcha los maceros del Ayuntamiento; seguían los asilados en dos hileras entonando el *O bere Deus*, detrás iba el clero y en último término

el Ayuntamiento precedido de las primeras autoridades invitadas á la tradicional romería.

Entre los representantes del cabildo municipal, vió Carmencita un apuesto y arrogante joven ostentando gallardamente el fajín, y el bastón de autoridad.

El gentil caballero paseaba la mirada por los artísticos ramilletes de hermosísimas damas que festonaban los balcones.

La de Carmencita confundióse con la del apuesto teniente de alcalde.

Y éste continuó mariposeando la suya indiferente por todos los balcones de la carrera convertidos en precioso jardín de flores... animadas.

La niña seguía con sus ojos los pasos de aquél que ni siquiera se volvió á corresponder con una mirada á un algo misterioso que la joven empezaba á sentir en su corazón y que de improviso encendió sus mejillas sonrosadas.

La banda municipal oíase apenas, y sus lejanos ecos envolvieron á la joven en un estado de nostálgica languidez.

Y dominada por inexplicables vehementes deseos de seguir á la comitiva, Morfeo la transportó otra vez en alas de su vaporoso ensueño al pie de la serpenteada subida al ermitorio de la Magdalena.

Los vibrantes sonidos escapados con precipitación del campanario de la ermita; el bullanguero movimiento de los romeros y los estridentes disparos de las carabinas rurales, confundíendose con los acordes de la música, anunciaban á Carmencita la llegada de la procesión.

La joven no pudo reprimir una oleada de rubor que desde el corazón subiósele al rostro.

Pensaba en el arrogante caballero del fajín y el bastón con borlas.

Paulatinamente y con las fatigas naturales de una ascensión á pie, fueron pasando los maceros, los asilados, el clero, el Ayuntamiento, las autoridades y la banda de música.

Los ojos de Carmencita buscaron ávidamente los del caballero de sus pensamientos y éste *clavó* los suyos penetrantes en los de la joven correspondiendo con una lijera inclinación de cabeza á la encendida mirada que le envolvía.

Para Carmencita no existían ya ni los tradicionales puestos de agua, azucarillos y aguardiente, ni los del clásico rollo, ni tampoco la algazara propia del gentío gozando y divirtiéndose, ni menos el natural y poético desconcierto que se advertía bajo las copas de los vestustos algarrobos.

Su alma tendía sus alas al afortunado joven teniente de alcalde que ostentaba sus insignias con una arrogancia imponderable.

Y pasaban, pasaban las horas con la misma velocidad que corrían las bestias enjaezadas arrastrando tras sí de regreso los adornados carruajes atiborrados de gente enloquecida por los vapores del alcohol.

Y volvían á quedar solitarios los vestustos algarrobos mudos testigos del placer momentáneo que se disfrutara bajo su benéfico ramaje, saboreando ricos manjares, escanciando botellas de Champagne y brindando al amor.

Los que formaban la comitiva oficial, tomaban la bajada de regreso, apoyados á su respectiva y afeitada caña verde.

Carmencita esperaba con los anhelos de su alma amorosamente enferma la mirada de su elegido; y cuando éste

fijando los ojos en ella al pasar, la contempló sorprendido y lleno su pecho de emociones desconocidas, se produjo así como una arpegiada y sutil armonía de dulcísimos sonidos semejantes á los que se escapan del choque eléctrico de unos labios con otros...

Y despertó.

La mejor de sus amiguitas la estaba sacudiendo suavemente y besándola en sus mejillas encendidas...

—¡Qué sueño acabo de tener!—dijo despezándose.

—De qué color?...

—No lo sé. Después que te lo cuente me dirás á qué color pertenece.

—Vaya; vístete y vámonos, que nos está esperando mi familia en el carruaje para trasladarnos á la Magdalena.

—Precisamente allí me encontraba cuando me has despertado con tus cariñosos besos.

Carmencita fué á la Magdalena y allí, sentada sobre florida alfombra de aromático tomillo, supo después de qué color era el hermoso sueño de la noche anterior, que acababa de contar á su confidente amiguita.

JUAN B. VALLS.



Joaquín Barberá

Impresor

Calle de Asensi, 4 - CASTELLÓN - Junto al Cine LA PAZ

: Tarjetería - Resmillería - Sobres :

© IMPRESOS PARA OFICINAS ©
© MILITARES Y PARTICULARES ©